

Mito e historia en la *Crónica General de España* de Florián de Ocampo*

José A. Caballero López

Cabe atribuir al zamorano Florián de Ocampo (1499-1555?) la dudosa gloria de haber sido el gran propagador en el Siglo de Oro de los mitos y leyendas fabulosas referidos a la historia de la España primitiva. Así parece reconocerlo el propio Francisco de Quevedo, quien, en un interesante ensayo de 1609 que titula *España defendida y los tiempos de ahora. De las calumnias de los noveleros y sediciosos*, escribe:

«Lastimoso es el crédito que Florián de Ocampo, Mosén Diego de Valera y otros de España han llamado al mentido Veroso u a los sueños de Anio [...] No es posible, y es de advertir que los fragmentos que del Veroso citan antiguos escritores, no están así en el que hoy tenemos; así que, por ser ninguna la autoridad del Veroso, como por no acompañarse de ninguna posibilidad el dar a Tubal por poblador de España, tenemos por fabuloso este principio, pues solas las alusiones del vocablo hacen por esta opinión como decir que, porque hay un pueblo que se llama Setubal, le pobló Tubal, y Tudela también»¹.

Como cronista oficial que fue del emperador Carlos V², Florián de Ocampo puso todo su empeño en la redacción de una *Crónica General de España*³. Pero sólo llegó a publicar —con enorme éxito, por cierto— cinco de los ochenta libros del plan inicial, que, según escribía en su «Prólogo», comprendía tres partes. La primera, en veinte libros, llega-

* Este trabajo se enmarca dentro del proyecto «Historiografía grecolatina e historiografía del Renacimiento. Los *Commentaria* de Annio de Viterbo», subvencionado por la DGES (Ref. PB98-0194) y por la Universidad de La Rioja (Ref. API-00/B05).

1 *Obras Completas. Prosa I*, Madrid, Aguilar, 1979, pp. 554-555.

2 Cargo que ostentó desde 1539.

3 *Los cuatro libros primeros de la Crónica General de España que recopila el maestro Florian do Ocãpo criado y cronista del Emperador Rey nro señor por mandado de su Magestad Cesarea*, 1543. Hay edición facsímil de la edición de Medina del Campo (impresa por Guillermo de Millis en 1553, que tiene cinco libros), realizada en Madrid, por la Dirección de Estudios y Documentación, Departamento de Publicaciones, Secretaría General del Senado, 1997.

ría hasta la era cristiana; la segunda, en otros veinte libros, hasta la invasión árabe, y la tercera, que se extendería hasta el reinado de Carlos V, en cuarenta libros. En realidad sólo llega hasta el año 200 a. C., pero para nuestro tema resulta de un gran interés porque, precisamente, es la que relata la historia primitiva de España.

Es en ese período en el que se concentran los héroes y mitos relacionados con el pasado de la Península. Ahora bien, ¿qué significan y qué función tienen estos mitos y héroes legendarios en la historia de España? ¿Quiénes son ese «Veroso» y ese «Anio» de cuya autenticidad dudaba Quevedo y a quienes tanto crédito había dado, entre otros, Florián de Ocampo?

Debemos retrotraernos unos cuantos siglos atrás si queremos comprender cómo y por qué se introdujeron esas referencias míticas en la historiografía española en general y en la *Crónica* de Ocampo en particular.

Aunque la historiografía clásica había llegado a distinguir, no sin esfuerzo, entre época mítica y época histórica, la cronografía cristiana rompió, de nuevo, con la división entre mito e historia. Con el cristianismo ya todo es historia; pues, al atribuir la categoría de *vera historia* a la Biblia, que comienza desde la mismísima Creación, no se deja lugar alguno para el mito. Lo único que el historiador cristiano consideraba mítico eran ciertos relatos fabulosos de los paganos. Pero aun esa opinión desapareció cuando se extendió entre los cristianos la doctrina de Evémero, que dejaba reducido el Panteón de la mitología clásica a un cortejo de héroes, sabios y soberanos eminentes divinizados por la admiración popular. Convertidos por ese procedimiento en mortales, se aseguraba la inanidad del paganismo, ya que no significaban competencia alguna para el *verus Deus*.

Es durante el siglo VII, en las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, cuando la aplicación del evemerismo a la historia alcanza su más interesante testimonio. San Isidoro, en efecto, busca y encuentra en la mitología clásica héroes civilizadores y benefactores de la humanidad, y los sitúa en el mismo nivel, a veces incluso en el mismo linaje, que los personajes de la Historia Sagrada.

Tras el hispalense no habrá cronista que omita la inserción en sus historias universales de dioses y héroes míticos humanizados. Y es que la propia inclusión del mito, por su prestigio y valor paradigmático, permitía ampliar y encarecer el fondo de antigüedad, y, por tanto, mejorar la ejecutoria de nobleza del país o reino que se historiaba. Los personajes de la mitología se convierten, así, en los progenitores, epónimos y gobernantes gloriosos de una nación.

En lo que a España se refiere, hemos de esperar a Jiménez de Rada, en el siglo XIII, para encontrar la primera formulación coherente de nuestro pasado mítico. Veamos cuáles son sus claves fundamentales⁴.

Para un cristiano, el más antiguo de los orígenes de cualquier pueblo no podía retrotraerse más allá del Diluvio y de Noé. Por ello, la destrucción de Troya o la fundación de Roma, con que daban comienzo la historias universales de griegos y romanos respectivamente, se sustituyen ahora por la Creación y el Diluvio.

A su vez, una noticia procedente de las *Antigüedades Judaicas* de Flavio Josefo (I, 6, 1) refería que Túbal, hijo de Jafet, uno de los descendientes de Noé, había llegado a Hispania. Josefo reproduciría en ella el saber admitido como válido por los judíos de su época⁵, ya que, como Hispania era en la Antigüedad la tierra de los metales por excelencia, los rabinos le asignaron por poblador a aquél entre los patriarcas que había creado el arte de la forja. La información de Josefo adquiere especial predicamento dentro de España, y a su difusión y vigencia contribuye la «enciclopedia» isidoriana, que la incluye sin discutirla⁶.

En efecto, Jiménez de Rada escribe en su *Historia de rebus Hispaniae* que Túbal fue, tras el Diluvio, el primer poblador de la Península, para lo que aduce el correspondiente argumento etimológico, pues el antiguo gentilicio *Cetubales* quiere decir «grey de Túbal» (*coetus Tubal*) y, sólo después de su asentamiento a orillas del Ebro, habrían cambiado su nombre por el de *Celtiberes*. Luego, la «grey de Túbal» se extendió por toda la Península, que llamaron Hesperia por la estrella Héspero que divisaban siempre en el horizonte, y en las distintas provincias tuvieron distintos jefes, uno de los cuales fue Gerión. Al mítico pastor se le llama, como era tradicional⁷, *Geryon Triceps* y, en interpretación evemerista, se le convierte en gobernante, en virtud de su nombre, de tres reinos peninsulares: Galicia, Lusitania y Bética.

Gerión sirve de engarce para la introducción de la saga de Hércules, de manera que la historia de España quedaba ligada no sólo a los orígenes bíblicos, sino también al mundo clásico. La literatura grecolatina había referido, ciertamente, numerosas conexiones de Hércules con el extremo occidental de Europa, localizando en esta zona geográfica la

4 Véase, para más detalles, Caballero, José A., «El mito en las Historias de la España primitiva», *Excerpta Philologica* 7-8 (1997-1998), pp. 83-99.

5 Cfr. Lida de Malkiel, M^a Rosa, «Túbal, primer poblador de España», *Ábaco* 3 (1970), pp. 11-48: pp. 12-13.

6 San Isidoro, *Etym.*, IX 2, 29: *Thubal, a quo Iberi, qui et Hispani; licet quidam ex eo et Italos suspicentur.*

7 Él mismo cita aquí un testimonio de las *Metamorfosis* y otro de las *Heroidas* de Ovidio.

isla mítica de Eritia, residencia del pastor Gerión, las columnas de Hércules y el jardín de las Hespérides. Pero en esta historia primitiva de España, en lo que parece un afán por poner de relieve la presencia del héroe clásico en la Península, sus gestas se utilizan para explicar la etimología de numerosos topónimos peninsulares, ya que Hércules habría recorrido toda la Península fundando ciudades al ritmo de sus conquistas. Así se explican, por ejemplo, Tarazona (o *Tirasona*, de *Tyrri* y *Ausonii*, dos tribus que acompañaron al héroe en su viaje por la Península), ciudad que edificaron en las faldas del Moncayo o *Mons Caci*, para perpetuar la victoria de Hércules sobre Caco; Urgel (porque «urgía» con la guerra a sus habitantes) o Barcelona (*Barchinona*, porque Hércules, tras dejar ocho naves en Galicia de las nueve que trajo, atracó con la *barcha nona* en ese lugar).

Tras la saga de Hércules viene la de Hispán, trasunto del mítico Yolao. Él es el noble compañero a quien el héroe, después de haber subyugado toda la Península, confía las riendas del gobierno, y por cuyo nombre fue llamada Hispania en lugar de Hesperia. He aquí ya nuestro héroe epónimo y el primer «gobernante» de una España más o menos pacificada y unificada. Cronológicamente —señalaba Jiménez de Rada— estamos en el tiempo en que Alejandro raptó a Helena y estalló la guerra de Troya (I, 6, 45-46).

La leyenda de Hércules, evidentemente, constituía un basamento firme para la etnología clásica de la monarquía española, la principal promotora —no lo olvidemos— de las empresas historiográficas⁸. La aparición del gobernante epónimo Hispán, aunque tarde, sería paralela a la creación de Franco, hijo de Eneas y fundador de la dinastía francesa en la *Crónica* de Fredegario (siglo VII), y de Brito, hijo de Silvio de la estirpe de Eneas en la *Historia regum Britanniae* de Godofredo de Monmouth⁹. Su propósito no era otro que proveer a la población española de antigüedad constatable y de raigambre legendaria, habida cuenta de la importancia que se daba a la antigüedad en la reclamación de los derechos de conquista o de prelación.

Estos son los mitos básicos de la historia primitiva de España. En las historias generales sucesivas (la *Primera Crónica General* de Alfonso X, la *Crónica* de D. Juan Manuel, realizada entre 1320 y 1324, la llamada *Crónica General de España de 1344*, la *Hispaniae regum anacephaleosis*

8 Es la opinión acertada de Robert Brian Tate en «Mitología en la historiografía española de la Edad Media y del Renacimiento», en *Ensayos sobre la Historiografía Peninsular del siglo xv*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 13-32; p. 18.

9 Cfr. Asher, Robert E., *National Myths in Renaissance France: Francus, Samothés and the Druids*, Edimburgh, 1993, *pássim*.

de Alfonso García de Santa María —o Alfonso de Cartagena— de 1456, la *Compendiosa Historia Hispanica* de Rodrigo Sánchez de Arévalo, publicada en 1470, etc.) se percibe una progresiva disminución del espacio dedicado al pasado mítico, compensada con la inclusión de nuevos personajes legendarios en el panteón real y motivada por el acceso a otras fuentes. Sin embargo, en esa línea, la elaboración más inspirada y original para el período primitivo de la Península no llegará hasta la publicación, a finales del siglo xv, de los *Commentaria* de Annio de Viterbo, gran e influyente fabulador de los precedentes míticos de España y de su monarquía¹⁰.

Este inteligente dominico, llamado Giovanni Nanni, que había latinizado su nombre en Annius Viterbensis, inventa los propios fragmentos de autores antiguos que le sirven de apoyatura para el relato de los primeros tiempos de España y de sus primeros reyes. A ellos les dedica un libro que titula *De primis temporibus et quatuor ac viginti regibus Hispaniae et ejus antiquitate*, una especie de prontuario que se añade a algunas ediciones de su obra magna, los *Commentaria super opera auctorum diversorum de antiquitatibus loquentium*. La obra se publicó por primera vez en Roma, en 1498, y aparece dedicada a los Reyes Católicos.

Tuvo una aceptación inmensa tanto en España como fuera, a juzgar por el número de sus traducciones y reediciones. En algunas de esas ediciones aparece el nombre de Beroso destacado en el título, porque es este autor, con sus apócrifos textos, quien da las claves para obtener una visión completa de la historia primitiva del mundo y de cada una de las naciones que se citan desde sus orígenes. Ésta es la razón por la que a Annio se le conoce más como Beroso o el falso Beroso¹¹; el personaje que, justamente, criticaba Quevedo.

Este autor elevará a veinticuatro el número de reyes primitivos de la Península. Túbal será ahora el primer rey de Hispania y quien, según el viterbense, dio leyes a los hispanos y les enseñó las letras, la poesía y la filosofía moral. Pero lo más importante es que se consolida el método tan evemerista de descubrir reyes antiguos a partir de ríos, montes, ciudades y étnicos, cuyos nombres guardarían el recuerdo de héroes y personajes reales¹². Así, deriva de ríos los nombres de los reyes *Iberus* (sucesor e hijo de Túbal), *Tagus*, *Betus* y *Sycoris*; *Brigus* lo saca del elemento

10 Cfr. Caballero, José A., «Annio de Viterbo y la historiografía española del xvi», en Nieto Ibáñez, J. M., ed., *Humanismo y Tradición Clásica en España y América*, León, Ed. Universidad de León, 2002, pp. 101-120.

11 Cfr. Caro Baroja, Julio, *Las falsificaciones de la historia*, Barcelona, Ariel, 1992, p. 68.

12 Cfr. Pérez Vilatela, Luciano, «La onomástica de los apócrifos reyes de España de Annio de Viterbo y su influencia», en Maestre, José M.^a y Pascual, Joaquín, coords., *Humanismo y pervivencia del mundo clásico I. 2*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1993, pp. 807-819; p. 808 y p. 812.

toponímico —*briga*, tan abundante en España; con Valencia relaciona al rey *Romus*, por correspondencia semántica entre el latino *valentia* y el griego *rhóme*. De étnicos peninsulares o extra-peninsulares, pero relacionados con ámbitos de influencia de la monarquía de los Reyes Católicos, deriva los nombres de los reyes *Lusus*, *Italus*, *Sicanus*, *Siceleus* y *Siculus*, y así sucesivamente. Hércules, por supuesto, sigue teniendo su lugar en el panteón real, y durante su reinado funda las ciudades acostumbradas y alguna más: *Iulia Libica* (Llivia) y *Herculea Cervalaria* (en la Cerdeña), alusión evidente a la españolidad del Rosellón y la Cerdeña¹³. La lista la cierran los reyes *Cacus*, *Erythrus* y *Mellicola*. *Cacus* habría sido un joven celtíbero, el primero en utilizar armas de hierro (vestigios de su mítica caracterización como hijo de Vulcano). El segundo saca su nombre de la isla *Erythra*, «la roja», situada frente a Gades (es la Eritia de las fuentes clásicas, la isla de Gerión y el lugar donde Hércules le robó el ganado y le dio muerte). *Mellicola*, por fin, es el tradicional Gárgoris, que fue el primero en enseñar a los hispanos la recolección de la miel, de ahí su nombre. A Habis lo cita de pasada, como heredero de la fortuna de su abuelo Gárgoris. Pero Annio, que sin duda conocía su incesuosa procedencia mítica, no le otorga la condición de rey.

Nos encontramos, según su cronología comparada, en el primer año después de la destrucción de Troya, a 1131 años del diluvio, a 988 de la fundación de Hispania, 131 años antes de la fundación de Roma y 1188 años antes del nacimiento de Jesucristo. Queda así probado el antiquísimo y glorioso origen de España. De paso, se supera el despectivo juicio de aquellos humanistas italianos que hacían proceder a los españoles de los incultos godos, los destructores del Imperio Romano:

«Los godos posteriores no alteraron —concluye Annio— el venerable origen del pueblo de España. Este es, pues, excelsos reyes Fernando e Isabel, cristianísimos príncipes, vuestro verdadero origen, tan grande como inalterado»¹⁴.

Lo cierto es que las fabulaciones de Annio ejercieron una considerable influencia sobre los historiadores posteriores que, una vez aprendido el método, las revisaron y aumentaron al socaire de sus propios intereses¹⁵.

13 Pérez Vilatela, *op. cit.* (nota 12), p. 811.

14 Fol. 291r: *Posteri Gothi non variaverint priscam originem Hispanicae gentis. Haec igitur est tum invariata, tum maxime vera vestra origo celsi reges Ferdinande et Helisabet christianissimi principes.*

15 Sobre los numerosos falsarios que se compusieron a la lumbre de Annio de Viterbo véase Godoy Alcántara, José, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, M. Rivadeneyra, 1868, y Caro Baroja, *op. cit.* (nota 11).

Eso es lo que precisamente lo que hizo Florián de Ocampo. El zamorano no sólo se hace eco de todos y cada uno de los fabulosos reyes de Annio de Viterbo, sino que los amplía con numerosas digresiones y con las referencias de la obra de otro reconocido falsario del xvi, fray Juan de Rihuerga¹⁶.

En efecto, a cada uno de los reyes del Beroso le dedica, como mínimo, un cumplido capítulo, que ocupan, en apretadísima letra, un total de 77 folios (es decir, 154 páginas) en la edición de Medina del Campo (1553), que es la que hemos podido leer. Aunque por la exposición que hemos realizado podemos conocer ya el contenido de esos capítulos, merece la pena que nos detengamos en algunos momentos de esta malograda *Crónica General*.

Túbal, claro, es el primer poblador de España tras el Diluvio. Entra por Andalucía en el año 2163 a. C. y 142 después del Diluvio¹⁷. Como en el Beroso, es un patriarca-rey civilizador. Muere 195 años después de su venida y deja a los españoles «deseosos grandemente de su coversaçion, por ser hombre discreto, valeroso, justo y amigable» (cap. IV, fol. XXIIIv.).

Ocampo continúa su narración siguiendo la línea sucesoria establecida por Annio, aunque, de vez en cuando, muestra algún reparo acerca de la autenticidad de los testimonios del viterbense. Ciertamente, recuerda a Carlos V que Annio de Viterbo dedicó su obra a sus abuelos, y que ésta contiene historias «mas atrevidas de lo que fuera justo en çertificar» (cap. XLVI, fol LXXVIIv.). Acepta como «muy averiguados» los nombres del citado Túbal, que pobló España, Gerión y sus hijos, que la tiranizaron, Hércules, que la liberó, Hispán, que le dio nombre, y además Héspero, Atlante, Sicano, Siculo, Gárgoris y Habis o Abidis, como él le llama. Este último rey quedaba fuera de la nómina de Annio. Pero Florián de Ocampo sigue a Justino (cap. XLIV 4, 1-14) en el relato de sus desventuras y prodigios hasta que Gárgoris lo proclama su heredero. A su reinado, que comienza en el año 1105 a. C., le dedica el capítulo XLV y de él destaca su valía como héroe civilizador, por encima, incluso, de su abuelo Gárgoris «Melícola»¹⁸:

- 16 Fray Juan de Rihuerga compuso una breve *Coronyca de las antigüedades despanna dirigida al muy alto, catholico e por esso muy poderoso e ynvictissimo emperador don Carlos* (cfr. Godoy Alcantara, *op. cit.* (nota 15), p. 19). Rihuerga seguía y aumentaba con el testimonio de las apócrifas Crónicas de Dextro y Máximo al falso Beroso.
- 17 Esteban de Garibay (autor, también en el xvi, de un *Compendio historial de las Crónicas y universal historia de todos los reinos de España*, Amberes, 1571), otro gran divulgador de las invenciones de Annio, sienta su vasquismo y hace a Túbal poblar primero tierras vascas, y, a sus gentes, hablar vasco.
- 18 Caro Baroja (*op. cit.* (nota 11), pp. 85 y ss.) hace un buen resumen del contenido de este libro I de la *Crónica* de Florián de Ocampo.

«Este rey Abidis tienen por cierto los historiadores auténticos aver sido mas excelente príncipe de todos quantos antes del reynaron en aquellas provincias españolas, y quien mayores y mas crecidos bienes traxo à sus tierras porque allende su mucha bondad, no tuvo menos ingenio para hazer artifiçios nuevos, y maravillosas invençiones provechosas a la vida humana» (Cap. XLV, fols. LXXVv.-LXXVIr.).

Con Habis termina el libro I de su *Crónica General*. Vendrá luego el relato de la llegada a España de celtas, fenicios y cartagineses.

Parece, en fin, sorprendente, que a esas alturas de la historiografía mitos y personajes fabulosos tengan cabida en un género tan teóricamente preocupado por contar tan sólo la verdad de los hechos y de sus protagonistas. Pero Florián de Ocampo fue cronista oficial de la corte de Carlos V, un puesto con tradición desde Alfonso X, algo con lo que el historiador dejaba de ser un simple erudito para convertirse en instrumento de la propaganda real. En el caso de Carlos V consta, además, la preocupación especial por la difusión de una imagen determinada. Él mismo escribió unas *Memorias* o *Comentarios* a imitación de Julio César¹⁹ y es conocido su afán por renovar los ideales del Imperio romano y por relacionarse con los héroes de la Antigüedad²⁰. Es significativo que, cuando se produjo en 1536 su entrada triunfal en Roma, uno de los regalos que recibió fue un pergamino enrollado de treinta metros de longitud con un árbol genealógico que remonta su progenie hasta Noé, Jano y Hércules²¹. De la época de Carlos V es también el famoso emblema de las Columnas de Hércules y la leyenda *Plus Ultra* como símbolo y divisa imperial²². Y, en la iconografía de la época, es la figura de Hércules la que más veces se utiliza para representar al emperador²³, lo que servía, a la vez y por correspondencia con el héroe clásico, para exaltar sus hazañas, su valor como transgresor de límites (significado del «*plus ultra*») y su cualidad moral de héroe civilizador, en lucha constante contra el mal²⁴, léase el turco o los luteranos.

19 Véase Fernández Álvarez, Manuel, *Poder y sociedad en la España del Quinientos*, Madrid, Alianza Universidad, 1995, pp. 117 y ss.

20 Cfr. Checa Cremades, Fernando, *Carlos V. La imagen del poder en el Renacimiento*, Madrid, Ed. El Viso, 1999, p. 14.

21 El ejemplar se conserva en la Biblioteca Nacional.

22 Ideada en 1517 por Luigi Marliano. Cfr. Checa Cremades, *op. cit.* (nota 20), p. 61.

23 Cfr. Checa Cremades, *op. cit.* (nota 20), pp. 235 y ss.

24 En la línea de las interpretaciones de tipo ético dadas por obras tan difundidas en España durante el Renacimiento como *Los doze trabajos de Hércules* del Marqués de Villena (1483) o la *Filosofía Secreta* de Juan Pérez de Moya (1585). «Pintante

Es en este ambiente y en aquella tradición historiográfica donde debemos insertar la malograda *Crónica General* de Florián de Ocampo para comprender la presencia de mitos y leyendas en ella. Como en la heráldica, en la emblemática y en los programas iconográficos desarrollados a expensas de la Corte, en la historiografía oficial los mitos tienen a la vez un sentido genealógico, alegórico moral y también de exaltación militar. El objetivo final: demostrar que el reino de España no tenía en Europa parangón posible, ni por antigüedad, ni por nobleza de origen, ni por poder.

desnudo [a Hércules] —dice Pérez de Moya— para denotar virtud, porque la virtud la pintan desnuda, sin ningún cuidado de riqueza».